

Felisberto completo: acerca de una edición ejemplar

HERNÁNDEZ, Felisberto (2015).

Narrativa completa. Estudio crítico y edición general al cuidado de Jorge Monteleone y una introducción a los inéditos de María del Carmen González. Buenos Aires, El cuenco de plata.

 Ana Inés Larre Borges

Uruguay persiste, aisladamente en el Cono Sur, adscrito en su legislación al plazo de 50 años de la muerte de un autor para que su obra entre en el dominio público; sus vecinos, en cambio, lo han extendido ya a los 70 años siguiendo la tendencia internacional. Eso colaboró para que en 2014, aniversario del medio siglo de la muerte de Felisberto Hernández se hicieran múltiples ediciones de su obra. Razones de peso, como ocurre con frecuencia en sus relatos, ayudaron a que las celebraciones se dieran al ritmo febril de las imprentas. El prestigio alcanzado justificó que entre varios proyectos parciales se impusiese también un afán abarcador que hizo coincidir la edición casi simultánea de tres publicaciones con ambición de “obra completa”, aunque ese afán se disimuló en alguno de esos títulos: *Obra incompleta*, compilación y estudio preliminar de Oscar Brando (Montevideo, La Cruz del Sur y Ediciones del Caballo perdido, 2015); *Narrativa reunida*, prologada por Hebert Benítez (Montevideo, Alfaguara, 2015) y *Narrativa completa*, con el cuidado de la edición y el estudio crítico de Jorge Monteleone; estas obras propusieron en un solo tomo –amplio formato y nunca menos de 400 páginas– una lectura total de la ficción felisbertiana. También su correspondencia, ya conocida a través de la edición fragmentada y dispersa de algunos epistolarios, fue compilada en un volumen: *Cartas*, prologado y anotado por Daniel Morena, que sumó piezas desconocidas del archivo familiar y partituras musicales con material del archivo de la Fundación Felisberto Hernández. Oscar Brando señalaba con razón que “son, sin duda, los repositorios epistolares los que pueden dar cuenta, con cautelosa fidelidad, de los nudos estético vitales de Felisberto Hernández”. Falta todavía la difusión de las cartas a Amalia Nieto, su segunda esposa que, según ha trascendido, guardan el nudo más tenso y decisivo de su carrera, el momento en que vende su piano, quema las naves y decide convertirse en escritor.

Una edición

En ese contexto, *Narrativa completa* es la edición más abarcadora y la más confiable. Es también la culminación de nuevas ediciones argentinas de Felisberto, como las antologías *Cuentos reunidos* (Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2009) con prólogo de Elvio Gandolfo,

y *Cuentos selectos* (Buenos Aires, Corregidor, 2010), editada y prologada por otro especialista: Gustavo Lespada. La editorial El cuenco de plata incluyó un menú diverso: desde una adaptación de *Las Hortensias* al cómic de Renzo Vayra y desde la reedición del *Felisberto Hernández su vida y su obra* de José Pedro Díaz a una edición de *Los libros sin tapas* con prólogo también de Monteleone y acompañada de una “yapa”: el facsímil de *Fulano de tal*. Entonces, los lectores argentinos ya disponían de varias ediciones del mejor Hernández. *Narrativa completa* cierra esa serie y devino en un gesto póstumo del editor Edgardo Russo que murió imprevisiblemente y no alcanzó a verla impresa. Había publicado también a otros raros uruguayos como Armonía Somers y, fervorosamente, a Marosa di Giorgio.

El Felisberto que conocemos y admiramos ha sido, hasta ahora, el que proyectó el profesor uruguayo José Pedro Díaz en seis tomos en la editorial Arca (entre 1967 y 1974). Díaz propuso un orden, reunió materiales dispersos y trabajó con el archivo del escritor del que rescató un volumen de inéditos: *Diario del sinvergüenza y últimas invenciones* (1974). Su primera recuperación había sido la edición inaugural y póstuma de *Tierras de la memoria* en 1965 que en su segunda edición acompañó del ensayo “Felisberto Hernández: una conciencia que se rehúsa a su existencia” que fue consagradorio tanto del autor como del crítico. A principio de los ochenta ese corpus se reeditó en tres volúmenes en Arca y fue reproducido por otros editores. *Narrativa completa* reconoce ese origen y sigue sus lineamientos básicos, pero también mejora los textos que han sido cotejados con las primeras ediciones por Walter Diconca –presidente de la Fundación Felisberto Hernández, que avaló esta publicación–, lo que ha salvado erratas que se reprodujeron y perpetuaron a través de los años.

El libro organiza la ficción de Felisberto en siete apartados que desbrozan los núcleos narrativos de la carrera del escritor según el modelo de Díaz, aunque afina las denominaciones de cada capítulo y corrige algún agrupamiento para guardar mayor fidelidad a la cronología de la escritura y la publicación, no siempre coincidentes. Elige separar los textos que Felisberto publicó en vida de los que se dieron a conocer

póstumamente. Ese criterio debe reconocer una excepción en *Tierras de la memoria* que, naturalmente, reúne con los otros “Libros de la memoria”: *Por los tiempos de Clemente Colling* y *El caballo perdido*, la trilogía de los años cuarenta que hoy es reivindicada por nuevas lecturas y valoraciones críticas como la más consistente y compleja del autor. Muchos textos de la primera época que no fueron validados por Felisberto son reenviados al penúltimo capítulo “*Diario del sinvergüenza y otros textos póstumos*”, dónde ubica también, así sea como marca testimonial, el pre-original de *Tierras de la memoria*. Hay otras decisiones editoriales atinadas como situar “Explicación falsa de mis cuentos” previo a todos los cuentos que no formaron parte de *Nadie encendía las lámparas*, pero el llamador más notorio está seguramente en la promesa de revelación de nuevos textos. El último apartado –“Inéditos”– amplía el corpus felisbertiano con escritos exhumados recientemente del fondo de la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras (SADIL) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Uruguay). Se avisa que leemos una selección del material disponible y la sección es presentada por María del Carmen González de León, que ha investigado ese archivo. Se trata de textos de la época de los “libros sin tapas”, fragmentos breves o brevísimos que se relacionan muchas veces con otros textos publicados. González de León enfatiza el carácter introspectivo y metaliterario de estos textos residuales y arriesga que pudo ser un proyecto inconcluso de “novela sobre la escritura”. La suma de estas novedades ocupa unas cuarenta páginas de las seiscientas del total del volumen y su interés parece fundamentalmente auxiliar a la hermenéutica. Sin embargo, hay que admitir la seducción del texto que funciona como acápite al conjunto:

Estos papeles no fueron encontrados en un lugar al que es difícil llegar, ni el que los escribió es uno que se murió y que la familia los entregó, o que se los robaron a la familia. Estos papeles fueron encontrados en mi mesa de trabajo, y eso como consecuencia lógica de que yo mismo los dejara antes allí. Lo mismo puede decirse de la letra con que estaban escritos: era mi letra porque los había escrito yo. Por último diré que yo mismo los llevaré a imprimir y que esto me dará mucho trabajo puesto que nadie tendrá interés en imprimirlos.

Una cita que pudo también cerrar el libro: la escena de escritura es insistente en los papeles, la letra manuscrita de los originales previos a la imprenta. Habla del destino póstumo de los papeles de un escritor: habla de su archivo. Y esa es la aventura que va a desafiar

en el futuro a las ediciones de Felisberto Hernández. El fondo del escritor se dispersó y está repartido en tres repositorios y en tres países, pero ha empezado a emerger y a ser trabajado y en el horizonte lo que hay es la crítica genética. Las “genealogías” del escritor traerán seguramente un nuevo estadio de recepción crítica y, tal vez, de ordenamiento definitivo de su obra. Así lo advierten también los prologuistas de esta edición ejemplar.

Una lectura

El ensayo introductorio de Jorge Monteleone es ambicioso, grato y, por usar un término de moda, “pone en valor” la edición. El prologuista sortea las dificultades que plantea un escritor que sigue siendo un desconocido del gran público pero sobre el que se han ido acumulando lecturas críticas de un modo sostenido, diverso y proliferante desde hace ya varias décadas. El desafío era conciliar esos dos destinos: escribir un texto capaz de perseverar en los diálogos abiertos por la hermenéutica felisbertiana y que, al mismo tiempo, fuera hospitalario y capaz de ensanchar las fronteras de la cofradía que, siempre escasa pero renovada, ha sostenido el nombre del uruguayo. Monteleone lo consigue a través de las artes del ensayo. Aprovecha la libertad del género para moverse en distintos niveles de enunciación, sabe integrar la narración que comprende a la figura de autor en su más entrañable fragilidad y desplazarse sin trabas a las interpretaciones más sofisticadas.

Entra al espacio de Felisberto Hernández, como se debe, por el principio. En Felisberto la idea del principio es productiva también porque enseguida convoca la imposibilidad de un fin. En ese nudo Monteleone encuentra la génesis de su narrativa. Lo hace, diríase performáticamente, emulando la voz del escritor y con la levedad que propuso otro radical felisbertiano para la literatura de este milenio:

Un día Felisberto Hernández comenzó a escribir literatura pero parecía que no quisiera comenzar, como si hacerlo fuera una falsificación de la primera vez que lo hacía, o como si fuera apenas una ocurrencia que no le pasaba a él.

Esta prosa que parodia y celebra a Felisberto, es también una entrada “amigable” a su literatura que, al igual que su modelo, no elude la complejidad de su ambición. Por eso, inmediatamente a ese inicio, el crítico pregunta: “¿Cómo leer el inicio de una escritura que acaso quiere iniciarse pero no comenzar?”. Y se responde con la diafanidad de quien encontró una prueba tangible y, así, absoluta: “Para eso no hay

imagen mejor para definir su literatura que la que no llega a libro todavía: una literatura de ‘libros sin tapas’”.

Esos precarios libritos, publicados a salto de mata por el primer Felisberto, son una metáfora perfecta para esa literatura de lo inacabado que ha despertado el interés y los favores de la crítica como un nuevo y paradójico paradigma del arte en la posmodernidad. La tendencia ha desplazado el interés por los cuentos fantásticos hacia los relatos de la memoria. Esa nueva perspectiva marca una renovación de las lecturas sobre el autor y un nuevo consenso en su valoración. Monteleone lo comprende bien, pero lo dice aquí sesgadamente, sin ningún énfasis, en parte porque se atiene a la ecuanimidad que conviene a la edición de una obra completa y reparte equitativa su atención entre todas sus ficciones, pero también porque elige expresarlo narrativamente. Se sabe que ese es un don

privativo del crítico artista que intuitivamente sabe que el mejor prólogo a un gran creador es el que ha sabido renunciar a las obligaciones de su asignatura y borrar las servidumbres de su tiempo para, dirigirse, también él, a todos los hombres.

Este nuevo protagonismo de las novelas de la memoria llega de la mano del regreso del autor. Por eso, quizá, los datos biográficos que entran al prólogo van más allá de la antigua dualidad didáctica de Vida y Obra y reclaman una teoría. Será la idea de una “figura de autor” que se construye a través de la experiencia y la escritura, el cuerpo y la voz. Serán el “pianista”, el “yo que quiere ser escritor”, el “socio que es otro yo”, el “narrador poeta” o “el hombre del subsuelo” que nombran los subtítulos elegidos de este largo ensayo y nos animan con su intimidad a entrar en las historias que escribió Felisberto Hernández con la certeza de que serán inacabables.